

SOBRE LA ÉTICA Y LA ECONOMÍA

GIANCARLO GALLI

Me permito proponer esta contribución sobre el tema *Ética y economía*. Principalmente, desde la perspectiva de la situación italiana y no desde una óptica académica, sino de periodista y escritor que ha hecho del poder económico y financiero el centro de sus últimas investigaciones y publicaciones.

La primera reflexión es de orden político. En Italia, quizás en medida superior a otros países del Occidente capitalista, hemos asistido en los últimos tres lustros (a partir de 1980) a una progresiva caída de la «calidad» de la clase política, demostrándose al mismo tiempo privada de proyección y capacidad de gobierno.

Esto ha determinado una inversión de valores: el histórico «primado de la política» ha cedido el paso en primer lugar al «primado de la economía» y, por tanto, al «primado de las finanzas».

Los últimos Gobiernos de la República Italiana han sido guiados no por políticos, sino por hombres que tienen sus raíces en el entramado industrial financiero: Giuliano Amato, Carlo Azeglio Ciampi, Silvio Berlusconi, Lamberto Dini (y, por un brevísimo paréntesis, Antonio Maccanico). Todos ellos son expresión de una Ética tecnocrática que sólo marginalmente tiene en cuenta las aspiraciones al «Bien común».

Por otro lado, es significativo que esto se haya verificado después de un período de casi cuarenta años que ha visto la hegemonía casi absoluta de la *Democrazia Cristiana*.

Pero este partido, después de la muerte (1994) de Alcide De Gasperi, y la retirada de escena de Aldo Moro y de Amintore Fanfani (años Setenta), ha renunciado a toda proyección y al papel de fuerza popular garante de la colectividad.

Segunda reflexión, el difundirse de la corrupción. Faltando el estímulo del político como «servidor del Estado», el primado de los intereses económicos ha degenerado en la corrupción. En cualquier nivel. Así han terminado delante de la magistratura, por delitos de orden

penal, un gran número de empresarios públicos y privados, e incluso exponentes del mundo de las cooperativas, haciendo emerger una ausencia de «moralidad» generalizada.

En otras palabras, la lógica del enriquecimiento (individual o de «grupo») ha prevalecido sobre la ética del servicio.

Tercera reflexión, la crisis del Estado empresarial y del Estado social. Producto de la Gran Crisis de 1929, se había determinado en Italia una fuerte presencia del Estado en la economía¹, y también en el intento de garantizar los niveles ocupacionales y promover un «desarrollo programado». Tal presencia, revelándose más que positiva en la inmediata Posguerra², ha cedido el paso a una concesión de las Participaciones estatales como «brazo clientelar» de los partidos políticos. A su vez el Estado social ha permanecido sofocado por la plaga del burocratismo. Por tanto, la Ética económica que presidía al Estado empresarial ha venido a menos.

Cuarta reflexión, el empleo. La consecuencia más vistosa del sinérgico entrecruzarse de estas fenomenologías negativas ha sido —más allá de discursos oficiales— el creciente desinterés por una cuestión vital: el trabajo y el empleo³. Los mismos sindicatos se preocupan de defender no el «valor del trabajo», sino el puesto de quien ya está ocupado y las rentas de los pensionistas que constituyen la parte más numerosa de los inscritos en los Sindicatos italianos. En 1994 el Gobierno Berlusconi había prometido la creación de un millón de puestos de trabajo: se han perdido por el contrario más de 300.000. A su vez los empresarios al «racionalizar» sus empresas efectúan especialmente en la gran industria masivas reducciones de personal, considerando el empleo una simple «variable» del proceso productivo. En sustancia, al principio del «derecho al trabajo» (sancionado por la Constitución) le ha sustituido, de forma galopante, una concepción genérica de «solidaridad asistencial», que termina por descuidar la dignidad de la persona humana.

Quinta reflexión, la evolución del capitalismo. Aunque sea con modos a menudo confusos y contradictorios, el capitalismo mundial va avanzando por doquier en sus transformaciones: de elitista y familiar que era en los primeros decenios del siglo, a capitalismo difuso. En

1. Las Participaciones estatales han llegado, antes del inicio del proceso de privatizaciones, a controlar más del 1,80 % del sistema crediticio.

2. El modelo de «economía mixta» que favoreció en los años 50 el «milagro económico italiano», transformando el país de agrícola en industrial, fue tomado como ejemplo de Francia y de los laboristas ingleses.

3. El desempleo italiano, que implica al 12% de la fuerza de trabajo, en las regiones meridionales llega al 25%, con máximos del 50% entre los jóvenes. Esto sin incluir el «trabajo negro» practicado por al menos tres millones de personas.

Italia no. En la Bolsa o en las más importantes Compañías, permanece el predominio de algunas Familias. Lo cual, impidiendo la modernización del ahorro de las familias y su volcarse sobre la actividad productiva, es obstáculo para cualquier perspectiva de democracia financiera.

* * *

El escenario que hemos descrito someramente, explica en no poca medida el retraso de Italia en el debate sobre *Ética y economía*, así como sobre el papel de la persona en los procesos económicos.

Se trata de una cuestión que el Magisterio de la Iglesia va afrontando con indudable empeño, pero que no parece encontrar en los ambientes católicos directamente empeñados en esta esfera, el equivalente debido. Nos encontramos, de hecho, frente a:

— En el plano teórico, actitudes todavía fuertemente influidas por las orientaciones de la Encíclica *Rerum Novarum* de 1891 que tomaba igual distancia del socialismo que del liberalismo; en consecuencia juzgando críticamente con recelo el «provecho», el «mercado», la posición de quien opera en las empresas.

— En el plano práctico, a la falta de declinación de los principios de la *Doctrina social de la Iglesia*, de modo que también los empresarios de orientación cristiana terminan, en su actuar cotidiano, homologándose con los comportamientos de las culturas liberalistas y consumistas.

Italia, que se encuentra en la vigilia de profundas reformas constitucionales (no en vano se habla de *Segunda República*), debería entonces aprovechar la ocasión para afrontar no sólo las cuestiones relativas a las estructuras políticas (presidencialismo, federalismo, reforma del Parlamento, etc.) sino para dedicarse a la búsqueda de un «modelo social» que, en el surco de su tradición devuelva al Hombre, a la persona humana, al centro de la economía. Parecen más que actuales, al respecto, las palabras de uno de los más gloriosos maestros de la Universidad Católica de Milán, el profesor Francesco Vito: «la economía debe ponerse al servicio del Hombre, no a la inversa».

La característica dominante, y en apariencia vencedora, de nuestro tiempo, parece por el contrario aquella del Hombre al servicio de la economía, lo cual es difícilmente aceptable.

Pero enunciar el principio no basta. Aquello que quizás podría resultar suficiente en una sociedad parcelada por fronteras protegidas por aranceles, caracterizada por tecnologías elementales, no lo es hoy. Si no se interviene (y esto vale para Italia como para tantos otros

países) el riesgo es notable: el predominio de unas finanzas «sin ética» y formas de neocolonialismo impuestas por las tres superpotencias planetarias: USA, Alemania, Japón.

Probablemente, para devolver al Hombre al centro de la economía basta una elección global. Una respuesta de ética universal a la mundialización del binomio economía-finanzas. Y quizás nadie está más preparado para afrontar este desafío que la cultura cristiana. En la cual la italiana tiene tanta parte.